

hermanos es á mi á quien lo habéis hecho. » (San Mateo XXV.)

Y Martín comprendió que su ensueño era un aviso del cielo; que, en efecto, el Salvador había estado aquel día en su casa, y que era á Él á quien había acogido.

## LA SEMILLA MILAGROSA

## LA SEMILLA MILAGROSA

Una vez encontraron unos niños en un agujero un objeto del tamaño de un huevo de gallina, con una raya en el medio y que parecía una semilla. Al verlo un transeunte lo compró por cinco kopeks, y llevándolo á la capital, se lo vendió al zar como una cosa curiosa.

El zar llamó á los sabios y les mandó que averiguasen qué era aquello si huevo ó semilla. Los sabios examinaron el objeto con atención, diéronle mil vueltas, y al fin no pudieron afirmar nada.

El objeto fué dejado sobre una ventana : se acercó un pollo y se puso á picar en él hasta que le hizo un agujero ; se vió que era una semilla.

Los sabios fueron entonces á decir al zar que aquello era un grano de centeno.

El zar se sorprendió y ordenó á los sabios que averiguasen en qué época había germinado aquel

grano de centeno; y los sabios vuelta á reflexionar, á consultar libros, y no supieron qué decir. De nuevo se presentaron al zar y le dijeron:

— No podemos ilustrar á Vuestra Majestad. Nuestros libros no dicen nada acerca de este asunto. Hay que preguntar á los mujiks por si alguno de ellos ha oído decir dónde y cuándo ha sido sembrado un grano como éste.

El zar envió á buscar al más viejo de los mujiks. Llevaron á su presencia á un hombre muy viejo, verdense y sin dientes, que marchaba con trabajo sobre dos bastones. El zar le enseñó aquella semilla; pero el viejo no tenía la vista muy clara y al fin, medio viendo, medio palpando, la pudo examinar.

El zar le preguntó:

— ¿No sabrás tú, viejecito, dónde ha podido nacer un grano semejante? ¿No habrás sembrado tú mismo en tus campos algunos parecidos á éste, ó los habrás comprado en alguna parte?

El viejo era sordo. Con mucha dificultad se le hizo comprender la pregunta y al fin contestó:

— No. Jamás he sembrado en mis campos, ni recolectado, ni comprado, centeno como éste. El grano que yo compraba era tan menudo como el de ahora... Sería preciso preguntar á mi padre que, tal

vez, haya oído decir dónde ha podido darse un grano de estas dimensiones.

Envió el zar por el padre del viejo. Se le encontró y se le llevó á Palacio. Era un hombre muy viejo, pero que sólo necesitaba apoyarse en un bastón.

El zar le mostró el grano de centeno y preguntó:

— ¿No sabrás tú, abuelito, dónde ha podido germinar un grano semejante? ¿No habrás sembrado algunos parecidos, ó los habrás comprado alguna vez?

Aunque duro de oído, el viejo oía mejor que su hijo.

— No — repuso. — Nunca he sembrado en mis campos, ni recolectado, ni comprado, centeno semejante. En mi tiempo ni siquiera se conocía el dinero; todos comían su propio pan, y si alguno carecía de él los otros le daban del suyo... Ignoro en dónde ha podido germinar un grano como éste. Aun cuando el centeno, en mi tiempo, era más grueso que el de hoy, nunca lo he visto de este tamaño. He oído decir á mi padre, que en sus verdes años, el centeno era más hermoso y el grano más grueso. Convendría preguntarle á él.

Entonces el zar envió á buscar al padre del viejo. Se le encontró también y se le llevó á la presencia del zar.

El anciano compareció sin bastón, con el pie firme, la vista aguda, el oído intacto y la voz clara.

El zar le enseñó la semilla, y el anciano, luego de mirarla y tocarla dijo:

— Ha mucho que no he visto centeno de mi tiempo. Y mordió el grano y le mascó

— Es el mismo, sin duda alguna — añadió.

— Dime entonces, abuelito, dónde ha germinado. ¿No has sembrado tú mismo algunos granos semejantes en tus campos, ó los has comprado en alguna parte?

A lo que el viejo respondió:

— En un tiempo este centeno crecía en todas partes. De él sacaba yo el alimento mío y de los demás. Este era el mismo que yo sembraba, el que segaba luego y después enviaba al molino.

Entonces el zar le preguntó:

— Dime, abuelito, si tú lo comprabas ó lo sembrabas por ti mismo en el campo.

El viejo sonrió.

— Entonces — dijo — nadie hubiera pensado siquiera en cargar con un pecado como ese. ¡Vender ó comprar el pan! Ni siquiera se conocía el dinero. Siempre teníamos el pan bastante para atender á nuestras necesidades.

Todavía preguntó el zar:

— Dime entonces en dónde sembrabas ese grano y dónde se hallaba tu campo.

Y el viejo respondió:

— Mi campo era la tierra de Dios. Donde yo trabajaba era mi campo. El suelo era libre y nadie llamaba á la tierra su propiedad: sólo decíamos « nuestro » al propio trabajo.

— Dime aún dos cosas, replicó el zar. Primero, por qué ese grano nacía en otro tiempo y por qué ahora no nace, y después, por qué tu nieto marcha sobre dos bastones, tu hijo con uno y tú no necesitas de ninguno. Tu vista está firme, tus dientes sólidos y tus palabras son claras y afables... ¿Por qué todo eso, abuelito?

Y el viejo contestó:

— Porque las gentes han dejado de vivir de su propio trabajo y prefieren hacer trabajar á los demás. No sucedía así antiguamente: entonces se vivía con arreglo á la ley de Dios, todos se contentaban con lo necesario y no se envidiaba á nadie.